

un martillo de bronce. Entrado en el aposento, llamó á la frente del Pontífice finado con un martillo de plata. Volviéndose luégo á los asistentes, les comunicó que Pío IX habia muerto; y arrojándose á los piés de su lecho, recitó las oraciones de rúbrica, y entregó en seguida el cadáver á los embalsamadores.

CONSECUENCIAS

DEL

TRATADO DIPLOMATICO DE BERLIN.

Los plenipotenciarios de Berlin concluirán tarde ó temprano por convertir esta tierra europea, cuna y escena de la libertad, en mísera sucursal de esa inmensa Asia, cuna y escena del despotismo. Desde que los griegos dieron al hombre el culto, prestado ántes por la mayoría de los asiáticos á los animales; desde que reemplazaron los vastos imperios con las diminutas repúblicas, y recogieron los rayos del calor de la vida, no en palacios, sino en ciudades, parecia principio adquirido por el mundo que todo interes capital, como toda cultura verdadera, debia concentrarse en este nuestro continente, habitacion predilecta del humano espíritu. Pero, digámoslo con claridad, por una desventura inexplicable, los germanos, los que se llamaban á sí mismos únicos europeos, los miembros por excelencia de la raza aria, los

herederos de la antigua Grecia por su arte y por su filosofía, los representantes más genuinos de los antiguos pueblos, que fueran como la levadura de esta nuestra sacra tierra, cogieron un día del ensangrentado suelo de Sedan el férreo cetro de Europa, y nos llevaron á todo vapor en torno de la árida estepa, donde unos cuantos tártaros y kalmukos, restos de bárbaras irrupciones, usurpando el nombre y la representación de los eslavos, han fundado imperio idéntico á los imperios asiáticos, por la autocracia que corona su desolada cima y el comunismo que se arrastra en sus oscuros fundamentos. Con todas sus hazañas, Alemania ha conseguido una interior ventaja: acercarse más rápidamente á su unidad y disponer más á su arbitrio de los pueblos esparcidos en los terruños feudales, surcos de su castigado y roto suelo; pero quien ha conseguido mayores ventajas del engrandecimiento alemán; quien ha conquistado; quien ha puesto lejos, muy lejos, sus fronteras, aquende el Danubio, en las crestas de los Balkanes, amenazando al Bósforo, ha sido esa santa Rusia, soberana de territorios alemanes en el Báltico, enemiga de los escandinavos, tutora de los eslavos, cuyos crecimientos van constituyendo poco á poco uno de esos califatos, pontificados y monarquías al par, amenazadores para el Occidente, y que no pueden vivir sino soltan-

do á los cuatro vientos las aves carnívoras de la conquista y de la guerra. Lo que flota sobre el Concilio ecuménico de la diplomacia; lo que sobresale á la vista de todos hoy es Rusia, agrandada con la Besarabia y con la Bulgaria; enriquecida con varias plazas del Asia Menor; libre de los tratados de 1856; apercibiéndose, con estas nuevas dilataciones de su territorio y estos nuevos refuerzos de su ejército, á suscitar, en virtud del fácil enardecimiento de esos pueblos, que, por puro viejos, resultan primitivos y medio salvajes, otras cruzadas eslavonas, á cuyo término se encuentre la Santa Sofía de Constantino, elevada á Vaticano de un catolicismo greco-asiático, ideal de otro greco-asiático imperio, constante aspiración de una leyenda ambiciosa, acariciada por una raza inquieta, que quiere resueltamente dominar con absoluto dominio todo el Mediterráneo.

La retrocesion de la Besarabia significa la boca del Danubio cerrada por Rusia, y el mar Negro constantemente amenazado de su incontrastable predominio. La fundación de la Bulgaria significa la antigua frontera turca y el paso peligroso del río de las invasiones completamente borrados para los invasores moscovitas. La cresta oriental de los Balkanes, señalada como límite al nuevo principado búlgaro, significa la supresión de todo límite á la propaganda panslavista, que soplará

desde allí viento de revolucion sobre la Bulgaria occidental y sobre las aguas mismas del mar Egeo y del Cuerno de Oro. La ciudad de Sofía entregada á los rusos, aquella ciudad donde quiso poner la capital de su imperio Constantino, significa la prepotencia rusa en la península entera de los Balkanes. No hay que equivocarse: todo aquello del amparo á los pueblos eslavos, de la emancipacion cristiana, de la guerra en favor de los oprimidos, y de la cruzada por el derecho; toda aquella retórica de la Universidad de Moscou, tan repetida por los filántropos kuákeros, queda ahora probada en su piedra de toque, en la experiencia, y reducida á su verdadero valor, á música puesta al pensamiento fundamental de una verdadera conquista. Díganlo, si no, esos pobres rumanos, llamados á Plewna cuando el valeroso Ostman-Bajá estuvo á punto de aprisionar al Gran Duque heredero, llamados en socorro de la cristiandad amenazada, y acudiendo al llamamiento con presteza y sacrificándose en la guerra con heroismo, para encontrar, por premio á su cristiano sacrificio, el cambio de un territorio con novecientos mil habitantes por otro con trescientos mil escasos. Y Mr. Gladstone se duele de este terrible desengaño. Y el partido liberal inglés se subleva contra el tratado de Berlin. Ceguera profunda no ver cómo relampagueaba la pálida codicia en los ojos

de Rusia. Sordera irremediable no oír el resuello de las seculares ambiciones panslavistas. Ignorancia de la historia natural de los pueblos no saber el instinto ciego que agujonea las razas del Norte á la conquista del Mediodía, drama de una eterna uniformidad, repetido desde el principio al fin de los tiempos en toda nuestra Historia. Si el lobo carnicero ha entrado en el redil y ha comido las ovejas, ¿quién le ha abierto la puerta? Aún no comenzaban las perturbaciones en Bosnia y Herzegovina despues del viaje emprendido por el emperador Francisco José á Venecia en la primavera de 1875, cuando anuncié yo en repetidos y meditados escritos, con toda seguridad, cómo precisaba adelantarse á resolver la cuestion oriental en favor de los griegos y contra los eslavos, por la iniciativa del Occidente, para evitar que las maniobras de los tres emperadores del Norte nos trajeran más cerca aún de nuestras costas y de nuestros mares la sombra letal de un temible imperio, del imperio ruso.

No hay cosa peor en política que la imprevision, ó prever ciertos males con seguridad y no atajarlos con urgencia. Para nadie era un secreto que el imperio turco, imposibilitado de renovarse, tenía que hundirse. Para nadie era un secreto que su hundimiento señalaba una guerra universal. Para nadie era un secreto que en esta

guerra universal nos convenia á nosotros, occidentales todos, mantener las esperanzas de la raza griega contra las esperanzas de la raza eslava. Para nadie era un secreto que, en la imposibilidad de mantener un absolutismo teocrático apoyado sobre el dogma de la fatalidad y el sentimiento de menosprecio á las razas cristianas, precisaba intentarlo todo ménos el sostenimiento de ese sultan podrido, y ocurrir á todo, á la guerra misma, como á una necesidad enevitable, ántes que á dejar el campo libre á la diplomacia rusa, y á la bandera rusa los honores de la victoria. Cuanto se ocurrió á Inglaterra en este desarrollo de problemas gravísimos, en esta agitación de ideas humanas, en este movimiento de razas históricas, cuando los minutos aprovechables pasaban tan pronto y la irrupcion moscovita se veia tan cerca, fué adquirir las acciones del istmo de Suez, mostrando así cómo en aquel supremo trance de Europa, y en aquella angustia del espíritu europeo, solamente le embargaban los vapores de su estómago y los intereses de su comercio, ¡eterna negociante! El partido conservador inglés creyó en la posibilidad de que el gobierno turco se salvase por sí mismo, y el partido liberal inglés creyó en la posibilidad de que Rusia consumase una guerra de emancipacion y de libertad, en vez de consumir una guerra de irrup-

cion y de conquistas. Los dos se equivocaron, y los dos pagan ahora y hacen pagar á su patria bien caramamente sus respectivas equivocaciones.

El jefe del Gobierno, festejado por sus partidarios de Lóndres y puesto sobre el paves en la Cámara de los Lores, ha dicho que le han subido como Cristo á una montaña, que le han mostrado los hermosos reinos del imperio turco, y que no ha querido ninguno, tan sólo por salvar la integridad de Turquía. Y en prueba de que ha logrado más de lo que habia creído, muestra la inmensa Bulgaria ideada por los rusos muy restringida, y la alta indemnizacion de guerra muy rebajada. Pero ¿puede oirse con paciencia que se llame integridad de Turquía sinceramente á lo que es division y reparto de Turquía? Se queda Rusia con la Bulgaria; Rumanía con la Dobroutzka; Grecia con una rectificacion de fronteras; Sérvia y Montenegro con otra rectificacion de fronteras; Austria con la Bosnia y la Herzegowina; Inglaterra con Chipre y la tutela sobre el Asia; y luégo se dice que todo ha sido sacrificado á la integridad del imperio turco. No, mil veces no. A lo que todo se ha sacrificado ha sido á la imprevision, á la indiferencia, á la incuria con que Inglaterra ha visto amontonarse las dificultades, sin tener á mano ninguna solucion que darles, cuando la razon y la Historia demuestran á una que

en estos casos supremos solamente prevalecen y predominan aquellas soluciones que tienen el carácter de humanitarias y de progresivas, y que solamente son perdurables las obras selladas con el sello divino del derecho. Una cruzada en favor de los griegos hubiera sido digna de los mejores dias de Inglaterra. Un expediente como el encontrado hoy sólo ha sido señal de incurable decaimiento, que tarde ó temprano llegará á verdadera impotencia. El imperio turco queda ahora como quedó el reino granadino en sus postrimerías. También conservaba cierta independencia relativa, también ciertos reyes famosos; pero los tratados con el cristiano, los tributos contenidos en esos tratados, las discordias civiles alimentadas por la desventura universal, los bandos de zegríes y abencerrajes, cuyos odios atizaba el natural heredero de sus errores, los pretendientes á la corona y los rivales implacables, movidos por misteriosa mano, abrían las puertas de la vega al Rey de Castilla y le empujaban á poner la cruz en las bermejas torres de la Alhambra, para perfeccionar y concluir con este epílogo magnífico el secular poema de la Reconquista. Los rumanos, y los servios, y los montenegrinos rompen las últimas ligaduras que los ataban al imperio de los Osmanlíes; los rusos se encargan así de las fronteras del Danubio, como de las plazas del cuadri-

látero, y llegan á los Balkanes, y hasta los rebasan, por la posesion injustificable de Sofía; los austriacos se encargan de las provincias del Oeste; los ingleses, de Chipre y de la tutela sobre el Asia turca; y despues de esta desmembracion general, se dice y se sostiene con gravedad británica que Inglaterra lo ha sacrificado todo, absolutamente todo, á la integridad del imperio turco, cuando lo ha sacrificado todo á conseguir un beneficio deslumbrador y engañoso, sin emprender una campaña y sin disparar un tiro.

Lo cierto es que el imperio turco está disuelto y convertido en monton de codiciados y codiciales despojos. Lo cierto es que el necesario reparto de esos despojos entraña una guerra entre todas las potencias europeas. Lo cierto es que, en prevision de esa guerra inmediata, cada potencia ha tomado ya su respectiva línea estratégica: Rusia, la que necesita para caer como un alud sobre Constantinopla; Austria, la que necesita para contener á los servios y sus maniobras en los esclavos del Sur; Inglaterra, la que necesita cerca de Siria y cerca de Egipto para proteger su imperio asiático; porque el tratado de Berlin no puede considerarse como un pacto de concordia, sino como un gérmen de violencias. Todo su empeño ha consistido en remitir á mañana una guerra que deberá estallar luégo. Así como la paz de Villafranca de-

tuvo un momento la unidad de Italia, sin conseguir impedirla, esta paz de Berlín detiene un momento la guerra de Oriente sin conseguir evitarla. Tantas heridas reabiertas, tantos proyectos frustrados, tantas ambiciones exacerbadas y no satisfechas; el malestar consiguiente á todas esas medidas á medias; la seguridad indudable de una guerra inmediata; las dificultades inmensas para realizar arreglos arbitrarios; todo este enmarañamiento de problemas, que sólo pueden cortarse con la espada, prepara uno de los mayores conflictos vistos en la Historia, y abre una era de profundo é irremediable malestar á nuestra Europa.

Jamás descontento mayor siguió á obra de diplomacia. Los más favorecidos aparecen los más agraviados. El encanto de las ideas humanitarias, la esperanza de las empresas redentoras, toda la magia de la elocuencia y del arte se desvanece, quedando como triste realidad un reparto de territorios entre los poderosos y los fuertes á costa de los humildes y de los débiles. Nadie habla ya de los cruzados griegos yendo á lavar la afrenta inferida por la media luna á la Basílica donde se reunieron los concilios ecuménicos y se elaboraron los dogmas cristianos; nadie habla ya de levantar en las orillas del Danubio, al pié de la muralla de Trajano, las colonias hispanas y lati-

nas puestas allí en el comienzo casi de nuestra historia moderna para detener en sus fuertes pechos las temibles irrupciones bárbaras; nadie habla ya del reino de Milosch, y de la leyenda serbia, y de la venganza de Kossovó, el Guadalete de los orientales; nadie habla de esa Grecia querida, en cuyo resplandor se abrasará eternamente la humana fantasía, y por cuya emancipación entonará Víctor Hugo sus primeros y Byron sus últimos versos; nadie habla ya ni de confederaciones eslavas, ni de confederaciones helénicas; porque nadie se atreve á despertar un sentimiento grande, ni á remover una idea generosa, ni á herir una dificultad grave, cuando sólo se oye en el silencio y en la oscuridad de eterna noche el ladrar de los perros, el roncar de las hienas, que machacan entre sus dientes los huesos de un cadáver. La fatalidad mecánica pesa sobre nosotros con inmensa pesadumbre. Las ideas ceden su paso á la fuerza. Un grande imperio hace en las sociedades humanas lo mismo que un grande animal en la ciega naturaleza: vivir de los reinos chicos. La guerra por la vida allí; la guerra aquí por la conquista. El más fuerte es allí y aquí el vencedor, por razones bien ajenas al derecho y á la justicia. Por consiguiente, el Congreso de Berlín no ha hecho más que consagrar las conquistas de Rusia, y por un resto de pudor no ha sido osa-

do á ponerlas bajo el amparo y la garantía universal de toda la Europa.

¿Quién no se siente herido por este tratado? La teocracia turca queda prisionera en el Bósforo, con mayores obligaciones que ántes y menores recursos, infestándonos todo el aire de miasmas de guerra. Si aún sobrevive alguna tradicion de pasadas grandezas en su flaca memoria, solamente aspirará desde hoy á lo que puede aspirar un vencido, á morir con alguna honra, aceptando en este supremo trance, como el cumplimiento de un deber moral y religioso, la obediencia á las leyes inflexibles de la necesidad. En su desesperacion no tendrá, como todos los desesperados, contemplaciones con nadie. Suscitará dificultades que otros hayan de resolver, y atizará pasiones procelosas, lo mismo contra sus naturales enemigos que contra sus naturales protectores, todos igualmente nefastos para ella. En su desventura irremediable, en su desesperacion trágica, en sus estertores supremos, cuando por todas partes se cierran á sus ojos los horizontes de la vida, yace ahí tendida exhalando guerras de su seno, como exhalan fiebres mortales ciertas podridas marismas. Todavía no he sacudido el asombro que me ha causado leer en el Memorandum de Salisbury una frase relativa á las esperanzas puestas por el gobierno inglés en la prudencia de Turquía.

¡Qué desconocimiento, cierto ó fingido, de las leyes históricas y de los movimientos sociales! Un pueblo en decadencia pierde todas las virtudes, y sobre todas, y ántes que todas, las indispensablemente necesarias para regirse por reflexivos movimientos en política. Cuando un grande imperio se muere, todo lo perturba con esa mezcla de estremecimientos violentísimos y de aspiraciones insensatas á que condenan el recuerdo de las grandezas pasadas y la seguridad de un nefasto porvenir. Descuartizada, disyecta, con sus provincias esparcidas, bajo la tutela de unos, sobre la indócil esclavitud de otros, Turquía no puede hacer más que estremecerse con dolor y comunicar sus violentísimos estremecimientos á Europa. Es una ley que no podrá romperse por ninguna arbitrariedad del poder humano, ni por ningun capricho de la variable suerte. Turquía es hoy en el mundo un semillero de guerras.

¡Y si los favorecidos hubieran quedado satisfechos! Pero están heridos por igual así los pueblos musulmanes como los pueblos cristianos. Rusia no renuncia á la gran Bulgaria, con que ha soñado, y de la cual solamente tiene la mitad entre sus uñas. La Besarabia ha caido del régimen liberal y casi democrático en la tiranía rusa, es decir, la han enterrado en vida. La Dobroutzka, com-

puesta de judíos y de musulmanes en su mayor parte, ha pasado al poder rumano en cambio de la perdida Besarabia. El reino servio, que deseaba constituirse en núcleo de toda la raza eslava del Mediodía, competidor de Grecia, aspirante á primer heredero en el testamento de Constantinopla, tomando como moneda corriente y cantante las épicas imaginaciones de los panslavistas, cuya erudicion le daba un ministerio de primer orden, se ha visto, por no estar en las fronteras rusas y en el paso más corto al Bósforo, pospuesto, con todo su esclavismo clásico y de escuela, á los búlgaros, á esos eslavos, si no fingidos, inciertos. El Montenegro ha encontrado, para dilatarse por el Adriático, la insuperable oposicion de poderosos vecinos. Aquellos bosniacos tan decantados, los primeros en la insurreccion, los últimos en ceder á la fuerza, pastores y guerreros dignos de tantas y tantas odas como los han exaltado hasta fantasearlos y convertirlos en redentores de su raza, por haber iniciado guerra tan lucrativa para Rusia, pasan de las mazmorras de Turquía á los calabozos de Austria. Y los griegos, sostenidos por los ingleses, empujados por la prensa francesa, creidos de que aún hay helenos como en los tiempos heroicos, esperanzados en el prestigio de su nombre y en la grandeza de su historia, se han encontrado ahora con un sencillo aumento de

fronteras y sin la reivindicacion de su heroica y desdichada Creta. ¡ Ah! Todos estos agravios sólo servirán para alimentar con nuevos combustibles el terrible incendio.

Y si al cabo las grandes naciones se halláran satisfechas, aún podria evitarse el próximo conflicto. Pero no puede haber aleman verdadero que no vea con recelo el crecimiento de los eslavos, enemigos implacables de su raza. Y no puede haber tampoco verdadero húngaro que no presienta cuán letal influjo van á ejercer los propagandistas de la leyenda eslava en ruthenos y croatas, indóciles á la direccion de Hungría por razon de antiguo esclavismo. Y no puede haber austriaco y bávaro que no se estremezca al mirar su patrio rio, el venerable Danubio, desaguando bajo el férreo cetro de Rusia, que puede cerrar cuando quiera al centro de Europa esa artéria principal de su comercio. Y no puede haber italiano que no se revuelva airado contra los crecimientos de las dos potencias que significan supresion de nacionalidades, como Austria y Rusia, ó que no deplora á grito herido el menosprecio á sus aspiraciones nacionales sobre el Trentino y Trieste. Y no puede haber frances que no lamente la extension dada á su tradicional enemiga la Rusia, por intrigas y maniobras de su reciente enemiga la Alemania. Y no puede haber español que, recordando su

posicion excepcional en el Mediterráneo, no sienta ver cómo la usurpadora de Gibraltar fortalece su posicion central en Malta, y no contenta con tener un extremo de nuestro mar por su tutela sobre el istmo de Suez, toma otro extremo de nuestro mar por su tutela sobre la isla de Chipre. Este tratado de Berlin no ha sido un arreglo pacífico, sino un agravio unive

¿Aprenderá la Europa latina alguna vez lo conveniente á sus intereses? ¿Sabrá cuán necesitada está de adherirse á una idea que ha sido la primera en concebir y no puede ser la última en realizar? Esta idea es la unidad de las razas. Cuando nosotros habiamos constituido ya nuestras nacionalidades, Alemania se asemejaba á un haz de feudos, y Rusia no entraba todavía en el gran escenario de la Historia. Por el siglo décimotercio comenzamos á combatir nosotros la idea de que los reinos pertenecieran como patrimonio á los reyes, y comenzamos á entrever la unidad de los pueblos, sin conseguir la realizacion completa de ambos pensamientos hasta el siglo luminosísimo de las nacionalidades, hasta el siglo décimosexto, en que verdaderamente se fundaron las tres naciones primeras de la historia moderna: Francia, Inglaterra y España. Pues bien, una idea flota hoy en los aires: la idea de la unidad de razas. Los pueblos aproximados por los límites geográ-

ficos, por las matrices lengüísticas, por las transformaciones históricas, por sangre proveniente de un mismo abolengo, hasta por mutuas dominaciones y guerras, deben buscar aquel fondo de ideas y de intereses comunes que hay entre todos ellos, y componer por medio de un anficionado, semejante al que ilustró é inmortalizó la antigua Grecia, una de esas confederaciones por razas, en cuyo regazo puedan vivir libres las naciones diversas, como hoy viven dentro de las naciones libres y felices várias familias derivadas de diversos pueblos. No desconozco que estas ideas caminan lentamente por las resbaladizas impurezas de la realidad. Pero no desconozco tampoco cuán difícil es realizar en el espacio principios no divulgados ántes por las voces inspiradas del genio en los senos de la humana conciencia. A toda encarnacion precede un Verbo. Todo progreso necesita un ideal. Jamas emancipáramos á Grecia si no tuviéramos ántes esas legiones de oradores y de poetas consagrados á predicar su emancipacion. Moviéronse, ántes que esas erupciones volcánicas llamadas guerras en los espacios, esas ideas inspiradas, especie de ángeles místicos, abriendo sus alas en lo infinito, y elevando, por medio de un *Sursum-corda* sublime, el vuelo de las almas hácia el sentimiento y el amor á lo ideal. Jamas viéramos la obra más difícil de este siglo, la uni-

dad de Italia, sin que los italianos pusieran mucho ántes esa idea, verdadera musa de todos sus pensamientos, entre los recelos de tiránica censura, como un bajo relieve al pié de sus estatuas y en las losas de sus sepuleros; como un matiz, reflejo del sol interior de sus almas, en los colores y líneas de sus cuadros; como un estro en sus versos, y una nota melancólica y de continuo repetida en sus melodías, que expresaban el anhelo por aquella patria ideal, precursora de la patria pedida en la realidad, para que jamas profanase el extranjero los sepuleros de sus padres ni osecureciese en la servidumbre las cunas de sus hijos. Hasta la emancipacion del esclavo no se realizára en América sin que ántes corriera la idea emancipadora desde los sermones de los predicadores á las novelas de los poetas. No lo olvidemos, pues. Las razas del Norte se han apoderado de regiones pertenecientes por derecho natural y derecho político á las razas del Mediodía. Posee el alemán Estrasburgo; posee el austriaco Trieste; posee el ruso Besarabia; posee el britano Gibraltar, Malta y Chipre. Es necesario que reivindicemos nosotros todas estas tierras. Y para reivindicar todas estas tierras nuestras, es necesario que comencemos por aliarnos en torno de una idea fecunda. Que la unidad de la raza greco latina se predique al Mediodía, como la unidad de la raza

ruso-eslava se predica al Norte. Y penetrados de esta verdad ideal, pronto encontraremos los medios prácticos de realizarla; pues todo es fácil á la virtud de la fe y á la perseverancia en el trabajo.